

guos y modernos» Ni la educación misma —y ya sabemos la alta eficacia de la labor de ésta, en nuestro autor— puede borrar la existencia de la personalidad nacional⁸³.

Tal vez se dé una contradicción entre ese pasaje en el que confiere a la ciencia —bien es cierto que tan sólo a ciertas conclusiones— y lo que en otras líneas advierte: «La ciencia no puede decir nada sobre el proceso de formación de tales caracteres». El conocimiento científico no tiene medios para hacernos comprender cómo se ha llegado a ellos; pero su constatación empírica es imbatible: ahí están, asegura Altamira. En virtud de esta inescusable realidad, para el historiador es un imperativo irrenunciable, científico y patriótico a la vez, «averiguar *cómo ha procedido y en qué sentido se ha manifestado el pueblo* a que él pertenece; es decir, *cómo es espiritualmente en la variedad de sus expresiones de vida*, lo mismo si proceden en su mayoría, en cuyo caso dan testimonio de la corriente central y típica del alma patria, que si corresponden al pensamiento de unas minorías, mostrando con esto el fondo de la complejidad de las colectividades»⁸⁴. Se trata, por consiguiente, de llegar a conocer «la sustancia espiritual de la nación» —frase que lleva consigo un eco del sustancialismo social de Unamuno—.

Altamira, teórico de la historia, se muestra fuertemente contagiado por ese historicismo que, como nota propia, atribuía Azorín a los escritores del 98. Su propósito es «buscar las condiciones del sujeto, su psicología fundamental» y alcanzar así las raíces de un pueblo. Buscar lo hondo, lo original y peculiar de un conjunto existencial que lleve consigo el nombre de «pueblo». Y esto se traduce, en buena medida, en la costumbre. Tal era también el parecer de Costa y de ahí su interés por el estudio de ciertos aspectos consuetudinarios de la vida popular. Altamira, ocupándose de Alicante, Unamuno de Salamanca, respondieron a la llama de que Joaquín Costa lanzó en ese sentido, pidiendo el estudio por provincias o comarcas, del derecho y de la economía. Y como era forzoso hacerse cuestión previamente de qué era un pueblo, Altamira contesta con estas palabras: «Un grupo de hombres, de cierta unidad más o menos concreta en los intereses, creencias y aspiraciones, en el *ideal y sentido de la vida*. De la conciencia de esa unidad nace el sentimiento de solidaridad y amor referido a todos los que de ella participan, afirmando la personalidad del grupo y distinguiéndolo de los demás: por donde, cada vez, a medida que se acumula tradición, a medida que el tiempo va consolidando la conexión entre los elementos constitutivos y la herencia colectiva, va *diferenciándose y cristalizando el genio nacional, la patria moral*»⁸⁵.

Altamira, que habla siempre del genio o carácter de un pueblo en términos de «idealidad», que revela su pensamiento al emplear este vocablo en forma que podemos calificarlo de libertad, esencialmente, sin embargo, pone tal énfasis en hacer visible ese genio que lo corporiza, refuerza su natural entitativo y sustancial, con declaraciones como ésta: la «existencia de un espíritu común en el grupo» da lugar a que se nos manifieste la colectividad que lo posee como dotada de una «personalidad nacional y patriótica»⁸⁶. Su vida es la tradición, si bien esta palabra entiendo yo que en Altamira no quiere decir más que continuidad, en la que penetran influencias, cambios, innovaciones que enriquecen y no niegan su identidad, siempre que se preparen homogéneamente respecto al carácter de esa personalidad que tiene algo de la famosa imagen que ilustra el Leviatán. Vista así la tradición —cosa ajena al tradicionalismo— nuestro patriota alicantino sostiene que

⁸³ Ob. cit., loc. cit.

⁸⁴ Ob. cit., p. 17-18.

⁸⁵ Véase nota 82.

⁸⁶ Psicología del pueblo español, p. 56.

especialmente, en cada pueblo, ella «le da el sentido de su íntimo genio y carácter, y la conjunción ha de hacerse en ese punto, no en la particularidad de tal doctrina, de tal régimen, filosófico, etcétera. Hay en la historia de los individuos y de las naciones, por muy accidentada y varia que sea, un cierto sentido, modalidad u orientación que la unifica, la caracteriza y señala la aptitud particular del sujeto, la dirección en que con más originalidad, fuerza y resultados prácticos puede y sabe encaminar sus actividades; siendo inútil cuanto no haya pasado antes por la asimilación y adaptación al genio propio, que lo convierte en elemento nutritivo y no en simple costra superficial, que al menor movimiento se desprende y cae. Así es como hay que entender las influencias y trasplantes de cultura, leyes y costumbres de un pueblo a otro. Por excelentes que sean los materiales, preciso es que sean digeridos a la manera del que los recibe»⁸⁷. Es así como el llamado principio de las nacionalidades —que tanto combatiera en su aparición Pi y Margall y en que la larga vida de Altamira reaparece con fuerza en varios momentos— pretende subordinar las divisiones territoriales a la «comunidad de espíritu», buscando con ello esa homogeneidad que he mencionado, y este proceso, advierte nuestro autor, ha precedido a la doctrina que no es más que un reconocimiento de aquél.

Hay, pues, que apoyar, tonificar, conocer y seguir el genio nacional; pero no reduciéndose a cómo parece contemplarse en el pasado, al modo de los conservadores y también incluso de los radicales, que acuden al pretérito para justificar o legitimar alguna de sus innovaciones (tal, el caso bien conocido de los diputados de las Cortes de Cádiz). La historia no es un argumento para comprobar y defender la validez de unas u otras formas de la coexistencia en sociedad, ni siquiera basta con que la tomemos para «ilustrarnos acerca de las condiciones en que se dieron instituciones, modos de vida, maneras de comportamiento colectivo». No es eso. Hay que atender a ella, contar con ella, para conocer el legado que hemos recibido, a fin de llevar a cabo nuestra empresa de presente⁸⁸. De este modo, nuestra acción de hoy será eficaz, fecunda y duradera, al expresarse en ella «la originalidad de visión que caracteriza a cada grupo»⁸⁹. Porque lo cierto es que, conforme a la doctrina de Altamira, ese espíritu propio y original de una comunidad, aun teniendo esa naturaleza tan enraizada en el grupo, puede perderse, puede falsearse, y frente a esto nuestro historiador —tan internacional y tan nacional— piensa que la fidelidad a ese carácter tiene un alcance preceptivo, se impone por su propia condición a cada presente. Por eso, en lugar de desentenderse de él, de renunciar a él, cada pueblo y los individuos de su comunidad han de procurar «mantener, purificar y engrandecer ese mismo carácter». Recomienda «el sostenimiento de la originalidad de cada uno de los grupos», alude a la «variedad riquísima de los genios nacionales» y remitiendo, a pie de página, a Fichte, cuyos *Discursos a la nación alemana* tradujo, se pregunta: ¿por qué no ha de ser lícito y humano fomentar esa conciencia y ese amor, procurando *sostener el genio nacional*, defenderlo de las agresiones que pretenden destruirlo y procurar su difusión en lo que tiene de bueno para beneficio de la humanidad misma, que nunca sacará mejor provecho de cada uno de sus factores que cuando todos desarrollen su actividad *originalmente*, según su idiosincrasia: así como toda sociedad no pierde sino que gana con que se produzcan propia y personalmente cada uno de sus individuos?»⁹⁰

⁸⁷ Discurso de Oviedo, p. 17.

⁸⁸ Ideario político, p. 13-14.

⁸⁹ Psicología del pueblo español, p. 15.

⁹⁰ Ob. cit., p. 67 y ss. —la última cita en p. 71.

Constante, a lo largo de su obra, en esa idea del «genio de un pueblo», tomándola incluso en sus últimos escritos como principio que le ha de permitir llegar a esa historia colectiva, cuyo concepto hace suyo y quiere aplicar en su tarea, Altamira, en su libro de 1956, hará esta afirmación que al encontrarnos con ella nos parece de un nacionalismo agresivo: «Lo característico de un pueblo no es más que lo propio y exclusivo de él»⁹¹. Sin embargo, Altamira, preocupado siempre por la amenaza de agresión y defensor de la paz, no concibe esa originalidad que califica con esas dos notas sino como una manera de conservar la autenticidad del genio peculiar y fortalecer a éste para hacer más fecunda su participación en la historia humana.

Esta historia en el plano del conocimiento que los historiadores han de escribir y poner a disposición de un pueblo no puede ser —nos previene Altamira—, una historia «ilustrada», racionalista, cosmopolita y apriorística, algo así como la que ya imaginaron algunos de los filósofos del siglo XVIII. Sin embargo, ningún pensador como ese por el que se interesa y traduce, Fichte, daría una parte mayor al pensamiento apriorístico en la construcción de la historia. Toda historia tiene dos partes y ello es incuestionable, apriorística y empírica o a posteriori. Frente al pensador, el historiador que afronta la historia con mente filosófica, el erudito de los hechos se queda tan sólo con el aspecto externo de los mismos. Lo que se ha enunciado y demostrado filosóficamente, el analista lo recoge como ilustración de que también se da y se observa en la historia empírica. Carece de otro apoyo, de otra guía que no sea la sucesión de los años y los siglos, sin consideración alguna a su contenido. Muy diferentemente, aquel que se alza a una visión filosófica es capaz de reducir una multiplicidad de hechos dada en la experiencia a la unidad de un principio, uno y común, y desde él explica lo múltiple y deriva esa unidad de los hechos. El historiador filósofo (que no es el filósofo de la historia) busca «independientemente de toda experiencia», un concepto de la época y expone los hechos de la experiencia como necesarios y explica su conexión mutua en la necesidad de esa conexión apriorística de la época. El primero es un mero cronista; el segundo alcanza a darnos la historia necesaria, propiamente tal, es un pleno historiador⁹².

Según el propio Altamira nos confiesa en pasaje que antes señalé, no podría suscribir una concepción semejante de la profesión de historiador. Quizá por influencia de la forma de pensamiento positivista que cundía en su tiempo nos dice que la Historia hay que extraerla a posteriori de los documentos. Uno piensa que si fuera esto así, ¿qué sabríamos —con el propio sentido del verbo saber— de los siglos pasados? Y lo cierto es que cuando el complejo historiador alicantino echa mano de valores, principios, intereses que proceden de fuera de la historia, cuando pide que se prime la exposición de lo que hay de positivo en épocas precedentes, lejanas o próximas, y que se dejen de lado los negativos en tanto que no se conozcan plenamente sus límites y proporciones⁹³, se nos ocurre preguntar ¿de dónde vienen esos criterios valorativos sino de una estimación previa a su introducción en la historia? Y digo esto en franco elogio de Altamira, ya que yo pienso que no cabe ciencia alguna si no se cuenta en ella con conceptos categoriales formulados a priori.

⁹¹ Elementos del carácter y de la civilización española, p. 57.

⁹² No es en los Discursos, traducidos por Altamira, donde Fichte expone esa doctrina, sino en Los caracteres de la edad contemporánea, (Véase traducción castellana, Madrid, 1934; p. 2, 12 y lección primera).

⁹³ Valor social del conocimiento histórico, 1922.